

EL PADRE, DE FREUD A LACAN

Sandra García

Al ser la última presentación de este cartel intentaré decir algo acerca de cómo pensar el pasaje de Freud a Lacan en lo que respecta a las consideraciones sobre la función del padre.

Con el seguimiento que hemos hecho de esta temática en varios seminarios de Lacan podemos advertir como ciertos conceptos son retomados y reelaborados a lo largo de su enseñanza una y otra vez de diferentes maneras.

En esta ocasión me voy a apoyar en el seminario El Reverso del Psicoanálisis y en el apartado Más allá del Complejo de Edipo para marcar en principio como Lacan complejiza la cuestión del padre, restituyéndole un estatuto que se había perdido con las interpretaciones post-freudianas. No sólo retoma la lectura que hace Freud del Edipo y de Tótem y Tabú sino que produce un avance al situar al padre respecto de cada uno de los registros, simbólico, imaginario y real, lo que le permite salir del atolladero con el que se encontraba Freud en sus análisis; atolladero traducido como la roca viva de la castración, ya sea por la vía del penisneid en la mujer o por la vía de la posición pasiva del varón, ambas sostenidas en relación al amor al padre idealizado, límite del padre freudiano.

Al ubicar los términos a nivel de la estructura podemos despejar las distintas interpretaciones de la relación al padre, en la versión del deseo insatisfecho de la histérica por el lado del mito de Edipo y en la versión del deseo imposible del obsesivo por el lado del mito de Tótem y Tabú.

Lacan se pregunta por qué Freud sustituye el saber que recogía en sus casos de histeria por el mito del Complejo de Edipo. Incluso sugiere que el Edipo es un sueño de Freud dictado por el discurso de sus histéricas y que como todo sueño hay que interpretarlo. Ellas le presentaban su deseo insatisfecho, deseo sostenido en un fantasma de seducción en relación a un padre idealizado. Es el padre ideal con el que Freud se encuentra en el análisis de los neuróticos y que él decide preservar; es la idea de un padre todo amor, base del Dios de la religión. Esto conduce a lo que ya había postulado en Psicología de las Masas y Análisis del Yo en términos de la primera forma de identificación, como lo primario, esa relación primera con el padre merecedor de todo amor.

Muy lejano a considerar que lo primario es la relación con la madre como enfatizaban los post-freudianos. El papel de la madre es el deseo de la madre, deseo que produce estragos. Es lo que Lacan llama estar dentro de la boca del cocodrilo, boca que en cualquier momento puede cerrarse. Ese es el deseo de la madre. Pero sabemos que hay algo que tranquiliza, que traba esa boca y es el falo. De esta manera es como Lacan habló del complejo de Edipo, en términos

de metáfora paterna e introdujo su concepción del fantasma como defensa frente al deseo del Otro.

Mientras Freud pone el acento en la tragedia del mito de Sófocles donde la prohibición del incesto recae sobre el hijo, Lacan la redirige hacia la madre, ella es la privada por el padre a reintegrar su producto. Entonces, el Edipo no se trata solamente del asesinato del padre y goce de la madre, es más compleja la cuestión. Formular el Edipo como metáfora paterna hace posible la apertura de la dimensión imaginaria del padre, articulándola con el padre real y el padre simbólico.

El padre siempre se presenta deficiente respecto de su función, por eso se constituye por apreciación simbólica. El padre es un título, dice Lacan, como el del excombatiente, es un exgenitor. Esto indica que siempre hay algo de la potencia de creación en la palabra del padre y que no es por el lado de la procreación como debemos pensarlo.

En la tragedia de Sófocles sabemos que Edipo mata a su padre y accede al goce de su madre, entendido esto en ambos sentidos, goza de ella y la hace gozar, sin saber que Layo era su padre ni que Yocasta era su madre, ejemplo del saber no sabido del inconsciente. Contrariamente, en el mito de Tótem y Tabú el goce está primero y es del protopadre de la horda, que tenía a todas las mujeres para sí. Luego de su asesinato la banda de hermanos se identifican con ese padre odiado y amado vía incorporación canibalística y se impiden ellos mismos el acceso a las mujeres. La prohibición del incesto como goce primero se edifica a partir de este asesinato del que devino padre una vez muerto y, que en tanto muerto mantiene ese goce en reserva. Esta equivalencia padre muerto y goce es un operador estructural. Freud insiste en que este mito tuvo que haber ocurrido realmente, aún siendo tan inverosímil ya que es inconcebible imaginar cómo un hombre puede gozar de todas las mujeres. Esto sitúa en el centro de la concepción freudiana un signo de lo imposible; de ahí surge lo real como tope lógico de aquello que de lo simbólico se enuncia como imposible. Es una necesidad de la estructura el asesinato del padre como marca que deja ese lugar vacío, ese cero en la iniciación de la serie, que hace posible el comienzo de la cuenta. Esto refiere a la importancia de la nominación. El padre tiene que ser nombrado por la madre en principio, y a la vez, él mismo tiene que nombrarse como padre. Sin esto no hay posibilidad de articulación de la falta y ello respecto de la castración misma del padre. Es preciso que se nombre y se cuente a título de padre, con la inconsistencia simbólica que esto implica, para dar lugar a la falta que es lo que el padre real transmite a la siguiente generación. Podemos decir que es por faltarle el nombre del padre que Edipo sólo puede acceder al trono vía asesinato y no como sucesor de Layo si este nombre del linaje paterno hubiese estado en juego. Y esto lo paga Edipo encarnando la castración misma arrancándose los ojos.

Distinta es la situación cuando el nombre del padre, operando en la metáfora paterna da lugar a la significación fálica, articulando la ley y el deseo.

Si con Freud teníamos el sin salida de los neuróticos en relación al amor al padre idealizado, al que el obsesivo anhela matar en su fantasma para perpetuarlo y al que la histérica entroniza en el lugar de amo castrado sobre el que ella pueda reinar, con Lacan podemos ir más allá y plantear la Castración en términos de un real imposible cuyo agente es el padre real. Articulando el término padre en los tiempos lógicos de Edipo, el padre real adquiere una investidura como padre simbólico por mediación del padre imaginario, gracias a la operatoria fálica que regula la economía del deseo en el triángulo edípico. El padre real es agente en la medida en que el goce está interdicto a nivel del discurso. Es una construcción, un efecto del lenguaje, no tiene otro real. Es de esta posición del padre real como imposible que surge la necesidad de imaginarlo como privador, a saber el padre imaginario de la prohibición del goce.

La pregunta ¿Qué es un padre? Es la coordenada que guió mis trabajos de cartel. Interrogante a sostener que fui cercando con diferentes aproximaciones. A saber: el padre, para Freud, es el padre muerto. Lacan lo prosigue bajo la denominación Nombre del padre. El padre es la metáfora, a la altura del seminario Las Formaciones del Inconsciente. Más adelante, el padre es referencial, es un término de la interpretación analítica. El padre es también un título, está en relación a una nominación, a un nombre, lo que apunta al agujero estructural, al punto no simbolizable, ya que ningún padre podría responder allí en tanto tal. Es el punto de inconsistencia de lo simbólico, de la imposibilidad de saber acerca del goce del padre. Y sólo como agente de esta verdad que es la Castración, hace lugar a la causa del deseo como producto resultante de dicha operación.

Finalmente, con todo este recorrido realizado durante tres años de trabajo sobre la función paterna, puedo decir hoy, de ahí la importancia de dicha instancia que justifica el nombre de este cartel: La necesidad del padre, sus efectos determinantes en la estructura.